

DOS HISTORIAS DE BUENOS AIRES

P O R

MARIA ANGELINA CORREA

I. EL FINAL

Caminaba a pasos rápidos, aliviado por haberse librado de ella, sintiéndose más ligero, casi alegre. Distráido, dobló por Maipú hacia Leandro Alem y se arrepintió en seguida. La vulgaridad pretenciosa de Maipú a esa altura le producía siempre un sentimiento de vergüenza como personal. Es que este conjunto de veredas estrechas, frentes vulgares, luz mezquina, sin autenticidad ni estilo, más que una calle—pensó—es una forma de vida. Como Pueyrredón, cerca del Once, o Rivadavia, o los alrededores de Constitución.

Se apuró deseando estar ya en el departamento que, por lo menos, era lo bastante alto para no tener más que cielo enfrente.

En cuanto llegó, en lugar de ponerse a hacer el artículo para *El Tiempo*, que había dedicado una nota muy elogiosa a su último libro, se tiró vestido en la cama con *La Razón* en la mano y se puso a recordar con fastidio la tarde perdida en esa charla lastimosa.

Pensó que cuando la muchacha le dijo aquello, él debió haber hecho un chiste y haberse puesto a hablar de otra cosa, en lugar de preguntarle *por qué*, mientras revolvía despaciosamente el café-crema.

Ella no le había contestado; como en ese momento el mozo volvía con dos inútiles vasos de agua, en lugar de hablar había hecho un gesto vago, más desvalido que cualquier palabra. Entonces él le había dicho que eso se pasaba, que esperase, que había que esperar, y ella había preguntado qué había que esperar, y él contestó «No sé—y se sintió acorralado, rabioso—, no sé exactamente»; había agregado: «La vida tiene sorpresas», y en seguida le había dado vergüenza.

La muchacha lo había mirado un largo rato con intensidad creciente; después, de golpe, había desviado la vista y él había tenido miedo de que gritara o se largara a llorar. Pero, con alivio, la vio respirar hondo y, la cara tensa, los ojos bajos, empezar a jugar con los cuadrados de azúcar. Y se había dado cuenta de que no sentía por ella lástima, ni siquiera solidaridad; se sentía incómodo, irritado, y, al mismo tiempo, la violencia joven de esa angustia le producía una suerte de fascinación. Estuvo tentado, dos o tres veces, de decirle

«Bueno, vaya y mátese», o de proponerle que se acostara con él, o de mandarla a jorobar a otra parte.

Inesperadamente, con esa falta del sentido del ridículo que suelen tener las mujeres, ella le había preguntado:

—¿Usted se ha enamorado alguna vez?

El había sentido una rabia impotente y, mientras aplastaba el cigarrillo en el platillo de la taza, le había contestado con la intención de herirla:

—No sé. ¿Qué es exactamente enamorarse? Por otra parte, cuando usted viva unos años más va a ver que eso también se pasa.

Y ella lo había mirado esta vez desde una infinita distancia; sus pupilas negras habían retrocedido hacia adentro, como hasta el hondón oscuro en que nace, desordenada y violenta, la vida; y, mirado desde allí, él se había sentido objeto, cosa muerta, mineral. Y se había aplicado a tomar a pequeños sorbos el café casi frío, hasta que sintió que la muchacha apartaba los ojos. De pronto, tuvo conciencia de su hostilidad contra ese ser vivo, de su deseo de reducirlo a domesticidad, a la común sumisión. Su última pregunta le había hecho pensar con despecho en sí mismo, en los días superpuestos como capas de polvo gris sobre lo único vivo que había habido en su existencia, y entonces había sentido crecer violentamente la irritación contra esa imbécil que volvía a preguntar cosas que él también a su edad había preguntado, como quien manotea en el vacío, y que parecía no haber comprendido todavía que hay que pasar por eso, morir de angustia, aprender que no hay nada, ni antes ni después. Y que más tarde, despacito, de a poco, hay que entrar en la fila y caminar al paso con los otros, sin pararse ni levantar la cabeza. Sobre todo, eso; sin pararse ni levantar la cabeza. De golpe se acordó, con fastidio, de que no había hecho el artículo para *El Tiempo*, con cuyo director le convenía quedar bien, y, deseoso de terminar, se había vuelto hacia la muchacha y le había aconsejado que escribiera. Ella le había preguntado entonces si tiene sentido escribir y él le había contestado que no, porque sintió que en eso no podía mentirle, y tampoco hacía falta en realidad:

—No, pero no es necesario que tenga sentido, uno lo hace por necesidad, porque si no se ahoga, como dicen los escritores noveles, y la compensación está en hacerlo.

Ella se había quedado callada un momento; después, había intentado defenderse:

—Yo no soy constante, y además no sé hasta qué punto ésa sea mi vocación.

Pero él ya sabía que ahora sólo era cuestión de tiempo y de no

dejarla apartarse de ese terreno, y habló, habló largamente, con una habilidad que no se conocía, eludiendo lo que pudiera desanimarla, adivinando la objeción, apoyándola, empujándola, seduciéndola, anhelante y lúcido como quien se juega la vida. Y, como si la tuviera abrazada, había percibido el instante justo en que la tensión de ella empezaba a ceder. Entonces se había callado, repentinamente agotado, vacío.

Al rato, notando que ella lo miraba le había preguntado en qué estaba pensando y si se sentía más animada. Ella había hecho un gesto afirmativo con la cabeza, y él pensó «La he derrotado», y se asombró de haber usado esa palabra. Entonces había mirado ostensiblemente el reloj y le había propuesto que se fueran cuando ella tendía ya, dócilmente, la mano hacia la cartera. Pero el mozo tardaba y tuvieron que quedarse unos minutos, incómodos los dos, fingiendo escuchar la música nativa que transmitía la radio.

—¿Cómo se llamará eso que están tocando?—había preguntado ella.

Y él, aunque sabía de sobra que no conocía el nombre del disco, se puso a escucharlo: *...me estoy muriendo en la tierra... el vino nunca fue mío...* Pero en el mismo momento en que el locutor daba el nombre, se acercó el mozo a preguntar «qué tenían», y sólo pudo oírse «...tonada mendocina». Entonces pagó y salieron.

Se separaron en la puerta misma. El le dijo «Bueno, déjese de macanas» y se alejó en seguida.

Y ahora estaba allí, sin ganas de hacer la nota para *El Tiempo* y ningún programa en vista. Levantó distraídamente *La Razón*, que los domingos traía siempre lo mismo: la magistral jugada de Leoni o de cualquier otro, la parcialidad del *referee*, las carreras, los terneros de cinco patas o de tres, y después una página entera, a veces dos, de noticias de policía, con asaltos y suicidios: *Una joven de no más de veinte años se arrojó al paso de un convoy...* Bueno, por lo menos eso era algo vital, un acto humano cargado de pasión y protesta. Había otros peores, los hechos como por desgracia, esos polacos de sesenta años que se ahorcaban en algún cuarto de una pensión miserable, por calles desconocidas: *En Curapaligüe 425, apareció ahorcado uno de los inquilinos...* Gentes mansas que parecían, con ese gesto, querer librar al mundo de su presencia, seguramente vista por ellos mismos como un error. Muertes que en el barrio no suscitarían ni siquiera curiosidad:

—Dicen que se ahorcó un polaco a la vuelta.

—¿Cuál era?

—No sé, uno que dicen que era polaco. O lituano, no sé.

—Yo nunca le vi.

En cambio, los muertos de los «Avisos fúnebres» se morían de muerte; él se los imaginaba como a gente que se había ido, poco a poco, desviviendo. Miró el reloj y volvió atrás, a la página de espectáculos. «Si salgo ahora —pensó— llego a tiempo al Rex», y empezó, como hacía siempre antes de salir, a ordenar el cuarto.

Al pasar frente al espejo vio al habitual extraño de cabeza calva y mirada bovina, la indefinida sonrisa del que trata siempre de congraciarse con todos. Inútil. Destruído. Y comprendió, sin sobresalto ni desesperación, que hacía años que había muerto.

Mientras vaciaba el cenicero se acordó de lo que había dicho la muchacha esa tarde: «Tiene sentido matarse mientras uno es joven; después, para qué».

Antes de bajar la persiana se quedó un rato largo sentado en el alféizar de la ventana, mirando los infinitos astros muertos que giran estúpidamente en el vacío, y pensó en las hormigas y en los hombres. Después, lentamente, con determinación, sin brusquedad, se inclinó hacia el pozo oscuro de la calle.

II. EL HUÉSPED

—¿Y a usted qué le parece que haga? ¡Qué disgusto, por Dios, qué disgusto! —lloriqueaba doña Paula.

El no oyó la contestación; seguramente ya habrían doblado por el corredor y desde su cuarto, aun con la puerta abierta como estaba, no se oía un solo ruido más allá de la vuelta del pasillo.

Justamente por eso había elegido ese cuarto una tarde de fines de diciembre en que se encontró, sin saber cómo, caminando por Flores; por eso y porque era fresco. El resto de la pensión no se diferenciaba en nada de las otras del mismo precio: limpia, llena de carpetitas y bastante oscura. «Pero a las piezas las baña el sol», le había dicho doña Paula que, a fuerza de repetirlo, lo dejó escapar olvidada de que estaban en pleno verano. La frase, quién sabe por qué, lo volvió, extrañamente enternecido, a sus años de chico.

Como se sonriera, la mujer, equivocándose, agregó en seguida: «Las baña el sol en invierno, pero en verano, usted no va a creer, son una lechuga». Los dormitorios eran, sí, bastante frescos, aunque parecía muy dudoso que el sol los bañara en alguna época del año. «Total: para el tiempo que voy a estar», pensó.

Había tres cuartos desocupados, pero le costó trabajo hacérselos mostrar. Doña Paula ocultaba como una secreta ignominia el tenerlos

vacíos, y atribuía el hecho alternadamente al verano, a su falta de interés en tener la casa llena, a sus propias exigencias morales y sociales: «aquí viene solamente gente recomendada; uno no va a dejar entrar a cualquiera...», a las vacaciones, a la lejanía del centro, a que la vida se está poniendo cada vez más difícil.

Después, mientras disimuladamente le miraba la cara y la ropa, agregó que esa era una pensión muy tranquila, que ahí se estaba como en familia, que la comida era abundante y muy sencilla, como de casa de familia, y el trato así, como quien dice, familiar. Desorientada ante la falta de respuesta, añadió que era también muy animada y alegre, y que los pensionistas, en ocasiones, «se habían quedado jaranando hasta cerca de medianoche, aunque eso sí—y cambió inespereadamente de tono—ella quería mucho orden y mucha decencia».

Se calló de golpe. El seguía fumando en silencio, con los ojos fijos en una rajadura paralela al marco de la puerta. Le entró un súbito desánimo; el cuarto le parecía de pronto deslucido, miserable.

—Usted verá si le conviene—dijo ella entonces con una suerte de apenada dignidad.

El hombre la miró un momento como si no la hubiera oído, después se puso bajo el brazo un sobre de papel madera que traía, sacó lentamente la cartera y le tendió tres billetes y una tarjeta:

—Este es mi nombre, y esto por la primera semana.

Doña Paula tomó el dinero desconcertada y sonriente; ya le preverría después que allí se pagaba por mes adelantado. «El nuevo» dejó el sobre en la mesa de luz, puso distraídamente la llave de la puerta del lado de adentro, fue luego hacia la ventana como buscando aire y sacó un cigarrillo... Se movía igual que si estuviera solo y parecía irritado. Por primera vez en años, doña Paula se sintió una intrusa en un cuarto de la «Pensión Rosario».

—Bueno, lo dejo—murmuró resentida.

El hizo un gesto distraído que lo mismo podía ser saludo o asentimiento y, en cuanto ella salió, cerró suavemente la puerta con llave. Más tarde, doña Paula lo oyó hacer, desde el comedor, dos llamadas por teléfono.

Un muchacho trajo al rato una valija, y el estúpido chico de la cocina, sin averiguarle nada, se la llevó directamente al huésped.

Doña Paula se peleó esa tarde con la lavandera, «que le ha dado por contestar apenas cuando uno la habla, como si las palabras fueran de oro», y con el chico de la cocina «porque vos estás tomando muchas alas y te metés a resolver sin consultarla a uno para nada, como si uno aquí no fuera nadie». Después, agitada aún, se puso a hacer budín de pan, para postre, aunque no era jueves.

Terminaba el caramelo cuando el chico la avisó: «Ahí está». Ella se dio vuelta y vio al huésped en la puerta. Solícita, estirándose el delantal, iba a preguntarle si necesitaba algo, pero él se limitó a anunciar «no como aquí» y siguió por el pasillo hacia la calle.

Doña Paula se volvió y empezó de mala gana a agregar las pasas al budín.

—¿Cuánto pagaste por éstas? —preguntó.

—Como siempre, doña Paula —contestó mansamente el chico.

Y ella dijo entonces que en ese almacén cada día estaban más ladrones, que esas pasas no eran ni sombra de las que vendían antes, que todos son lo mismo, que ella era la única sonza que vivía preocupándose por los demás... Y súbitamente decidió no poner el budín al baño-maría y meterlo así nomás en el horno.

Al día siguiente, a la hora de almorzar, el huésped llegó cuando ya todos estaban en la mesa, pendientes del interamericano que se transmitía directamente desde Lima «en un esfuerzo sin precedentes», como decía el locutor. Hubo un momento de confusión hasta que le indicaron su lugar. Después siguieron oyendo el partido y mirando de reojo de tanto en tanto su saco *sport* de buena tela, la corbata, tan sobria... Pero cuando, dirigiéndose a las mujeres, preguntó si podía fumar mientras los demás luchaban todavía con tenedores y cáscaras, se produjo un indefinible malestar. Sólo la señorita Fossatti, que era maestra jubilada, pareció aprobarlo; después dijo que se veía «que era un señor muy culto, que tenía educación». En cambio, la mujer del bancario lo clasificó en seguida como a un echado atrás. Los hombres, en general, no abrían opinión. Tampoco tuvieron muchas oportunidades de tratarlo.

De día ni se lo veía, siempre estaba en su cuarto revisando papeles durante horas o parado frente a la ventana, fumando a largas pitadas ansiosas. Al atardecer se hacía buscar un taxi; no bien subía, bajaba todos los vidrios y, repantigado en el asiento, se limitaba a indicarle al chófer «doble en la esquina» o «tome para el lado del parque». Volvía tarde, a veces al amanecer.

Hasta Martinoli, el jubilado, tan prudente, comentó en la mesa:

—Uno, que es hombre de trabajo y tampoco está en edad de andar trasnochando, no entiende esa vida... En fin, como yo digo siempre, cada uno sabe...

El chico de la cocina, que retiraba los platos, endureció la cara de pómulos huesudos y labios anchos, todavía infantiles.

—Lo que es a éste, lo tiene comprado —comentó uno en cuanto el chico salió—. También, con las propinas que le da...

La señorita Fossatti dijo que todos los seres necesitaban amor y

comprensión, dentro, naturalmente, de lo que es lícito y permitido, y que no había por qué pensar que el joven obrara así por interés. Siempre le decía «el joven» al chico de la cocina, que la detestaba.

Fue una de las últimas veces que se tocó un tema general en la mesa. En diciembre, como siempre, llegaron varias maestras del interior, y en seguida inundaron la mesa con los problemas del niño difícil y la unión del magisterio, mientras los pensionistas estables guardaban un resentido silencio y la señorita Fossatti trataba vanamente de ponerse a la par.

Una noche, y a falta de mejor auditorio, la mujer del bancario le contó al marido que había visto «al nuevo» hablando por teléfono, que ella oyó perfectamente una voz de mujer que decía «pero adónde, decime adónde..., por favor no cortés, decime adónde», y que él había cortado despacito, sin contestar; ella se había parado como para buscar algo en la cartera y vio que se quedaba quieto, mirando el teléfono y fumando así, como fumaba él, como apurado. Y cuando la saludó ni la oyó siquiera. El marido, sin sacar los ojos de la crónica del partido, le dijo:

—Vos no te metás, quién sabe en qué líos anda éste. Eso le pasa a doña Paula por no pedir documentos a todo el mundo, de entrada nomás.

Doña Paula estaba en plena limpieza a fondo de la cocina cuando ella le repitió el comentario y se limitó a murmurar: «Y los hombres... ya se sabe...», sin dejar de raspar con un cuchillo la sartén grande.

Los demás andaban ya abrumados por el trajín del final del año y el calor; se iban, en cuanto bajaba el sol, a la Costanera o a la General Paz en busca de aire, y, a menudo, ni volvían a comer. El huésped tampoco se sentaba a la mesa; se hacía llevar al cuarto un té solo con limón o, excepcionalmente, un café negro, y le encargaba al chico de la cocina «Traeme dos paquetes de Particulares».

Diciembre tocaba lentamente a su fin; largos días con el sol eternizándose sobre las calles indefensas, atardeceres dilatados que enrojecían todo el cielo.

En las noches quietas, sin una brisa, se veía casi hasta el amanecer, a intervalos regulares, el fugaz arco luminoso de los puchos entre la ventana del huésped y el baldío.

No fue el dolor. Otras veces, dos o tres desde que vivía en la pensión, había sentido algo así, aunque menos intenso. Estaba esperando que le trajeran el té con limón que había pedido —*no coma de noche; un té solo en todo caso; ninguna emoción, ¿me entiende bien? Nin-*

guna, ni agradable ni desagradable. Y reposo. Si, como me dice, sólo tiene relaciones ocasionales en Buenos Aires, eso le será fácil, no hay otra terapéutica para esto—, cuando sintió que nacía ahí adentro, en el costado izquierdo, la difusa puñalada.

El chico de la cocina lo encontró encogido, casi doblado sobre el respaldo del sillón. Lo había ayudado a recostarse en la cama y en seguida, «ya vengo, señor», irrumpió en el comedor con una voz ahogada y sin saber que estaba llorando. «Doña Paula, rápido, el señor..., yo busco al médico», y corría ya por la calle con sus quince años desvalidos, como un potrillo ciego.

El cuarto se había llenado de gente y se oía la voz de doña Paula alejándose por el pasillo: «Y a usted, ¿qué le parece que haga? ¡Qué disgusto, por Dios, qué disgusto!». No alcanzó a oír la contestación, seguramente ya habían doblado por el corredor y desde el cuarto, aun con la puerta abierta como estaba, no se oía un solo ruido más allá de la vuelta del pasillo. Fue en ese momento cuando supo que se moría. No en el dolor, no en la aceleración del pulso, no en la falta de aire. Supo que se moría porque, con una intensidad única, volvió a ver una o dos cosas banales con tanta nostalgia, tanta dulzura, tan desesperada felicidad, que comprendió que era la última vez.

Alzó un poco los ojos y miró por la ventana abierta la rama de un árbol contra el cielo profundo de diciembre y después a la gente que rodeaba la cama, las caras de esa gente que le era ajena, que siempre le había sido ajena. Sólo que ahora los veía como nunca habían sido, como ellos no sabían que podían ser, como tal vez realmente eran. Con las caras transidas de desamparo, de desorientada compasión, del solidario terror de morir, y comprendió que ellos, que todos, que cualquiera, le era infinitamente precioso, y quiso vivir aunque fueran tres, dos segundos más, y decir algo, una palabra, una sola, no sabía cuál, porque todas se ofrecían abiertas hasta el fondo, insospechablemente ricas: árbol, ustedes, vida, duele. Todo era tan distinto de lo que él había imaginado en los interminables días de ese último verano, las cosas, la gente, él mismo. Pero ahora quería que supieran también que tenía miedo, sí, miedo, más, pavor, y que necesitaba el contacto de otra piel, la que fuera, para sentir hasta el final ese hilo en otro pulso, uniéndolo a la vida, resaca ya del ancho río esplendoroso. No podía hablar; sólo alcanzaba a respirar corta, cautelosamente. Pensó que si alguno lo miraba no podría dejar de comprender. Y en ese instante, uno, lentamente, empezó a volver la cabeza hacia él y, durante una fracción de segundo que duró años, él esperó con las pupilas fijas y por encima del dolor intolerable, toda el alma tendida, hasta que, al fin, los ojos del otro se encontraron con los suyos inmóviles.

Hasta el silencio del cuarto llegaba el ruido de los ómnibus de la avenida y el llanto de algún chico en el baldío de la vuelta.

La pieza estuvo desocupada como veinte días, hasta que por fin la tomó un estudiante de ingeniería que dijo que a él no le hacía impresión, que esas eran pavadas, que ya se sabe que todos tenemos que morir.

MARÍA ANGÉLICA CORREA

Juncal, 824, 7.º, 26
BUENOS AIRES